

Los grupos indígenas del Gran Noroeste de México frente al determinismo ecológico¹

Andrés Oseguera Montiel²

Moctezuma, J. y A. Aguilar, (Coords.) (2013) *Los pueblos indígenas del Noroeste. Atlas etnográfico*. México, Instituto Sonorense de Cultura/Instituto Nacional de Lenguas Indígenas/ INAH.

El *Atlas etnográfico*, coordinado por José Luis Moctezuma Zamarrón y Alejandro Aguilar Zeleny, se compone de una Introducción, una sección de Estudios Básicos y otra de Ensayos Temáticos. Se trata de un trabajo colectivo donde participan más de 30 especialistas en arqueología, historia, lingüística y antropología. También participan promotores culturales, curadores y líderes indígenas que exponen, como testimonios, parte de su conocimiento “ancestral” fundamentalmente asociado a sus prácticas rituales y sus saberes míticos. El libro está ilustrado con una variedad de mapas y fotos de paisajes, casas y personas que hacen agradable la lectura de esta ambiciosa obra.

El *Atlas* está centrado en dar a conocer la diversidad cultural e histórica del noroeste de México, habitado por diversos grupos indígenas asentados en los estados de Sonora, Baja California, Chihuahua y Sinaloa. Se trata de una obra de divulgación que permite adentrar a los lectores en las características históricas, lingüísticas y culturales de los grupos indígenas que se han asentado en los distintos ecosistemas que dan forma a diferentes “complejos culturales”. Al destacar las principales diferencias históricas y sociales también se mencionan las problemáticas que viven los pueblos indígenas, como el desplazamiento lingüístico y la pérdida de lenguas nativas de los guarijío y los pima. La presencia de los “mestizos” o “blancos” y su incidencia en el cambio cultural que termina por el olvido de prácticas culturales.

Mis comentarios y críticas a esta obra van en dos sentidos. Primeramente, me detengo en los contenidos que se exponen

en los 12 capítulos, divididos en Estudios Básicos y Ensayos Temáticos. Me interesa destacar la importancia de abordar al noroeste como región de estudio y, al mismo tiempo, identificar los temas antropológicos que más sobresalen a lo largo de estos capítulos. Por otro lado, analizo la obra en el marco del Programa Nacional de Etnografía de las Regiones Indígenas de México (PNERIM) del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y sus implicaciones con respecto a investigaciones previas.

Comienzo con el apartado de los Estudios Básicos donde sobresale la investigación lingüística centrada en demostrar la diversidad de las lenguas que se hablan en los estados de Sonora, Sinaloa, Chihuahua y Baja California, y las problemáticas derivadas del desplazamiento lingüístico generado por las políticas públicas y el mismo sistema educativo que privilegia el uso del español sobre las distintas lenguas indígenas. De acuerdo con los datos que se proporcionan en el capítulo “Lengua, cultural y sociedad en el noroeste”, los casos más dramáticos de este desplazamiento lingüístico son las lenguas yumanas concentradas en Baja California. La lengua *kiliwa* por ejemplo, no rebasa los 10 hablantes (Moctezuma y Aguilar, 2013). Esta dramática situación es similar para el conjunto de lenguas yuto-nahuas que se hablan en territorio sonorense y chihuahuense.

Además de mostrar la situación general de las lenguas, se destacan las transformaciones constantes del léxico como parte de un proceso adaptativo. Por ejemplo, se exponen varios listados de palabras que advierten de un proceso de creación de palabras nuevas en las distintas lenguas indígenas a raíz de la presencia de nuevas situaciones, objetos y fenómenos sociales.

Este primer capítulo, centrado en las lenguas indígenas, contrasta con el dedicado a la parte arqueológica, porque básicamente se detiene en las particularidades históricas del estado de Sonora. Si bien las distintas tradiciones arqueológicas (Huatabambo, Serrana o Río Sonora, Casas Grandes, Costa Central y Trincheras) incluyen algunas áreas de Chihuahua y Sinaloa, la atención se enfoca en destacar los periodos del poblamiento de grupos indígenas antes de la Conquista en regiones que ahora se circunscriben en los límites estatales de Sonora. Incluso cuando se abordan los periodos posteriores a la colonización y evangelización cristiana, se habla sobre todo de los procesos históricos de Sonora y la resistencia por más de 300 años del pueblo yaqui (Villalpando y Aguilar, 2013: 58).

¹ Reseña del Equipo Regional Tepimano, coordinado por Margarita Hope y Andrés Oseguera, dentro de la línea de investigación “Las regiones indígenas a prueba de la etnografía” (2018) del Programa Nacional de Etnografía de las Regiones Indígenas de México (PNERIM) del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

² Profesor investigador de la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México (EAHNM). Correo de contacto: andresose@gmail.com

En este capítulo dedicado a la arqueología y a la historia reciente, aparece una premisa que estará presente en prácticamente todo el libro. De acuerdo con el planteamiento principal de la obra, los grupos indígenas del noroeste deben sus formas de organización y expresiones culturales a las particularidades extremas del clima: a la vegetación desértica y escasez de agua; a los extensos valles y planicies que si bien pueden facilitar la agricultura gracias a los ríos caudalosos también forman parte de un clima extremo debido a la escasez de agua; y a las montañas escarpadas con bosques y climas más húmedos y templados pero difíciles para la sobrevivencia. Bajo el determinismo ecológico se establecen tres tipos de sociedades: sociedades del desierto; sociedades de los valles agrícolas; y sociedades de la sierra (Moctezuma y Aguilar, *op.cit.*: 17-20). Las similitudes en las actividades productivas y económicas se derivan de la misma adaptación, y a su vez, ésta repercute en las concepciones religiosas y cosmogónicas.

Si bien en prácticamente todos los capítulos hay un planteamiento general para hablar de los pueblos indígenas del noroeste aludiendo a este determinismo ecológico, la principal información se centra en los grupos indígenas de Sonora. Se habla poco por ejemplo de los pimas, los guarijíos y los rarámuri de Chihuahua; destacan por su ausencia los tepehuanos del norte. Del mismo modo, las pocas referencias a los pueblos yumanos que habitan Baja California contrasta con lo que se dice de los yaquis, los mayos, los tohono o'odham, los pimas y guarijíos de Sonora.

Aun así, la intención del *Atlas etnográfico* consiste en identificar las similitudes de los grupos sin reparar en las diferencias. Sobre todo, cuando se abordan aquellos grupos que comparten un mismo ecosistema. Todo parece indicar, por ejemplo, que, entre los pimas y los guarijíos, a pesar de que provienen de ramas lingüísticas distintas, existen más semejanzas que diferencias por habitar la sierra; que los yaquis y los mayos están relacionados por el hecho de pertenecer a los valles y dedicarse a la agricultura; que los distintos pueblos yumanos los caracteriza el hecho de vivir en el desierto y estar organizados en bandas. Me parece un acierto que se incluyan a estos grupos de Baja California, pero al final no se sabe si todos los pueblos yumanos son un mismo pueblo o distintos grupos con diferencias históricas y culturales.

Los riesgos de este determinismo ecológico son evidentes cuando se busca identificar la unidad regional del noroeste a costa de la diferencia. Una de estas interpretaciones que aparece de manera reiterativa y en varios capítulos (2, 3, 4, 6, 7) es la alusión al “sistema de ranchería” como parte de la organización social de todos los grupos que habitan el noroeste. Invariablemente se alude como referencia teórica al trabajo de Edward Spicer (1962). Aun así, hay una falta de claridad y profundidad en las implicaciones del término. Por ejemplo, en el capítulo 4, dedicado a la “Organización social y política”, el término “ranchería” se utiliza para hablar de “unidad residencial”, “sistema de parentesco” y “grupo doméstico”. Se conside-

ra además como “pilar de la movilidad”, como “unidad organizativa”, como “unidad básica de la organización social”, como “pilar de la organización territorial”, como “matriz territorial”, como “matriz cultural”, como “célula de la cohesión social”, etc. Se trata, aun así, el rasgo principal que permite diferenciar al “gran Noroeste” de Mesoamérica: “La ranchería se caracteriza por no tener un centro político y religioso, ni un espacio dedicado al intercambio de mercancías, como sucedía en la región mesoamericana; sin embargo, esto no es esencial para el modelo seguido en el gran Noroeste, pues su organización social y política se fincaba más en el sistema de parentesco, así como de líderes morales y militares sin una jerarquía permanente, que en estructuras de poder más elaboradas” (López *et al.*, 2013: 131).

Este ímpetu por diferenciarse de Mesoamérica ha encontrado en el “sistema de la ranchería” el principal elemento de la organización social que, al parecer, comparten todos los grupos del Noroeste y, por lo tanto, los distingue como región. Por un lado, se aclara que este “sistema” existía antes de la llegada de los españoles; ha sido desde tiempos remotos la forma en la cual los diferentes grupos han logrado sobrevivir a las “inclinaciones del Noroeste”. A pesar de los cambios y eventos de la historia, este sistema ha persistido hasta ahora. Y esto a pesar de los “intentos que desde fuera han tratado de imponer otro uso territorial y organizativo” (López, Harriss y Moctezuma, 2013: 131, 134), es decir, se asume que esta expresión adaptativa de la vida social de los indígenas configura buena parte de su estructura social, política y religiosa, y, por lo tanto, permite marcar la línea divisoria frente a Mesoamérica.

La importancia de esta organización social radica en la persistencia de la misma, que se ha prolongado desde antes de la llegada de los españoles hasta la modernidad. Sin embargo, a la hora de entrar en los detalles no dejan de presentarse algunas ambigüedades. Por ejemplo, se menciona al “sistema de parentesco” como una de sus principales características. ¿Cuál es ese sistema de parentesco? Se habla de un “grupo de perso-



Niño pima columpiándose. Yepachi, Chihuahua, 2014. Autor de la foto: Andrés Oseguera.

nas, no mayor de 400 individuos, pertenecientes a un grupo de redes sociales familiares, que establecieron solares de manera dispersa”; también se menciona que en ciertas zonas:

las rancherías se conforman en grupos mayores, de acuerdo con relaciones de afinidad, que resultaba en grupos diferenciados, aunque tuvieran una fuerte cercanía en los aspectos culturales y lingüísticos, como los yaquis, mayos, tehuecos, sinaloas, zuaques, etc., todos ellos de origen cahíta, pero con sus diferencias de acuerdo con un territorio, una variedad lingüística y, al parecer, un sistema endogámico de grupo, producto de posibles linajes que con el tiempo dieron lugar a grupos mayores. De esta manera, la ranchería se convirtió tanto en la unidad básica de la organización social como en el pilar de la organización territorial, además del sistema político, económico y cultural de cada grupo indígena (*Ibid*: 132,133).

Más allá de que nunca se aclara de dónde se obtienen estos datos, es evidente la confusión terminológica para hablar de parentesco. En el mejor de los casos, se podría pensar que el sistema de rancherías era un sistema de linajes, una hipótesis demasiado aventurada que tendría que demostrarse con evidencias históricas y etnográficas.

Por otro lado, llama la atención que los autores del capítulo 4, un apartado centrado en la organización social y política, sean los mismos que escriben el ensayo del capítulo 7, “Los territorios del Noroeste”, donde se aborda, de nueva cuenta, el “sistema de la ranchería” (Moctezuma, López y Harriss, 2013b). Sin duda, la probada experiencia de los investigadores en el campo de la etnografía y la antropología valida su reiterada participación en los distintos apartados del *Atlas etnográfico*, pero no justifica la constante repetición temática y de información que aparece a lo largo del volumen sobre la historia, los rituales y la organización política de los pueblos indígenas. Al final, en lugar de tener una complementariedad entre los distintos capítulos y recuadros que se van intercalando a lo largo del volumen para dar cuenta de una diversidad de enfoques y perspectivas, lo que se presenta es un extenso libro con información básica que se va repitiendo de manera constante. Por ejemplo, se privilegian ciertas expresiones rituales como la Semana Santa yaqui, tanto de los “pueblos” como de los que están asentados en Hermosillo, o el *tutuguri* o *tuburada* y cava-pizca de los guarijíos, al grado de repetir en recuadros y en capítulos los mismos contenidos; se recalca innumerables veces la importancia de la evangelización de los jesuitas y los franciscanos durante el periodo colonial para entender la actual configuración de los pueblos indígenas, pero no se ofrecen mayores explicaciones al respecto o no se profundiza en las diferencias entre una y otra evangelización.

Sin duda, la diversidad cultural de esta extensa región complica la posibilidad de sistematizar los datos históricos y



Mujer pima. Yepachi, Chihuahua, 2014. Autor de la foto: Andrés Oseguera.

etnográficos. Esta complejidad se advierte cuando se termina agrupando a distintos grupos indígenas bajo esquemas muy generales, como lo dicho hasta ahora sobre el “sistema de rancherías”, derivado de una adaptación al medio ambiente. Esquemas que se basan en un planteamiento que fue duramente criticado en la antropología norteamericana cuando se abordó de manera exhaustiva el concepto de “área cultural” y lo problemático que resulta asociar determinadas prácticas culturales a ecosistemas específicos. En efecto, este extenso volumen —441 páginas— no alude a una de las discusiones más importantes que se ha tenido, en el siglo xx, con respecto a la delimitación de las áreas culturales. Me refiero a las discusiones que sostuvieron Paul Kirchhoff, Ralph L. Beals, Carl Sauer y Arnold Kroeber sobre la imposibilidad de definir una región basada en la continuidad histórica, ecológica y cultural entre los grupos indígenas que habitaron —y siguen algunos de ellos— el Gran Suroeste de Estados Unidos con los grupos de este “Gran Noroeste” de México (Kirchhoff, 2008 [1954]; Beals, 2008 [1954]).

Si bien este *Atlas etnográfico* es un texto pensado para la divulgación donde las discusiones teóricas sobre las delimitaciones regionales quedarían fuera de lugar, no hay un intento por trascender los límites nacionales que dé cuenta de la complejidad para definir una región tan diversa como lo pretende ser el noroeste mexicano. Los escasos mapas que se exponen a lo largo de este Atlas ocultan, cortan y desdibujan al suroeste de Estados Unidos, en contraste con el abigarrado, colorido y vistoso noroeste mexicano, que en muchos casos se reduce al estado de Sonora. Los pueblos indígenas del noroeste mexicano no se muestran como los hacedores de su propia identidad e historia; los yaquis y su resistencia al colonialismo son el más vivo ejemplo de esta visión que permite enmarcar en fotos y reproducir los estereotipos hacia los indígenas. Sin embargo, hay evidencias de que las tradiciones culturales, al menos entre el suroeste de Estados Unidos y el noroeste mexicano, han trascendido las fronteras que separan a las naciones, lo que obliga a los investigadores a tomar en cuenta esas tramas de la historia que establecen vínculos perdurables.

El grueso de los trabajos se centra en describir la “riqueza” de la mitología, las prácticas rituales y musicales. Para agrupar las expresiones religiosas y rituales se considera también la ubicación geográfica: cosmovisiones de los grupos de la sierra, de los grupos de los valles y de los grupos del desierto. Esta clasificación da paso a un planteamiento que busca destacar la continuidad de concepciones religiosas prehispánicas entre los antiguos habitantes de esta amplia región y los grupos indígenas actuales. Esta continuidad se expresa sobre todo en la mitología y la ritualidad. Es de esperar que, si se trata de un libro dedicado a los “pueblos indígenas”, los otros, los que han irrumpido en las historias de estos pueblos —españoles, jesuitas, franciscanos, criollos, blancos y mestizos—, sean los ausentes, pero también los principales causantes de la pérdida de las costumbres y elementos que remiten a ese pasado que sigue expresándose fundamentalmente en la mitología y los rituales. Una clara demostración de esta separación es la distinción clásica —diría obsoleta— entre rituales con elementos de carácter prehispánico y rituales que incorporan elementos católicos (Aguilar y Moctezuma, 2013: 165).

Pero más allá de este planteamiento, se deja de lado a las nuevas expresiones religiosas, evangélicas fundamentalmente, entre los actuales indígenas. De nueva cuenta hay una insistencia en señalar que el momento definitorio de la vida ceremonial de los indígenas se dio con la presencia de los jesuitas y franciscanos durante el periodo colonial y que terminó con la implementación de las misiones y la reducción de los nativos. No aparece una visión crítica sobre la etnicidad que parece ocultar la diversidad religiosa entre los grupos indígenas, que dé cuenta de las reinventiones de mitos y cultos “prehispánicos” que favorecen el exotismo y la folklorización de las prácticas religiosas, como sucede entre los pimas de Yécora y Maycoba con la presencia de la evangelización inculturada. Salvo lo ya dicho en el primer capítulo dedicado a las lenguas

indígenas y en algunos apuntes en el capítulo dedicado a la música del noroeste y a las artesanías (Olmos, 2013; Atilano y Pacheco, 2013), no hay una intención de abordar los cambios y los préstamos culturales; al contrario, se condena la presencia de la modernidad y se presenta a los pueblos indígenas —y a los yaquis como emblema— en una “resistencia” permanente (Moctezuma, López y Harriss, 2013a). Además, no se habla de los grupos indígenas migrantes, procedentes del sur y centro de México, asentados en las principales ciudades de Baja California, Sonora y Chihuahua, como expresión de un pluralismo que va más allá de los pueblos indígenas que ocuparon, desde la época prehispánica, el actual noroeste mexicano. O los constantes intentos de los grupos indígenas de Estados Unidos en buscar sus raíces tanto biológicas como culturales, como lo han hecho los *akimel o’odam* de Arizona en las zonas agrestes de la Sierra Madre Occidental.

La publicación de este *Atlas etnográfico* en el marco del PNERIM en el 2013, se presenta un año después de la publicación de su similar *Los pueblos indígenas de Chihuahua. Atlas etnográfico* (Gotés et al., 2012). A diferencia del primero, este último *Atlas* está enfocado exclusivamente a los cuatro grupos indígenas de Chihuahua: rarámuri, pimas, guarijíos y tepehuanos del norte, es decir, se limita a los límites interestatales. Pero al igual que el *Atlas del Noroeste* no da cuenta de la amplia diversidad étnica derivada por la migración. Además, los diversos ensayos y artículos que componen este amplio volumen de Chihuahua giran en torno a la cultura rarámuri y de aquellos grupos asentados en la Sierra Madre Occidental. Se parte de la premisa de que las prácticas religiosas, la organización social y política de los rarámuri, son compartidas o similares a las que llevan a cabo los pimas, los guarijíos y los tepehuanos del norte; los diversos capítulos de este *Atlas* no profundizan o destacan las diferencias entre los distintos grupos indígenas. Para dar un ejemplo de la falta de equilibrio de información sobre los grupos indígenas del noroeste de México, de las 872 cuartillas que componen los dos volúmenes, sólo hay un capítulo, de no más de 10 páginas, dedicado a los tepehuanos del norte (Nudelman, 2012).

Lo interesante es que las dos obras parten de una misma perspectiva teórica: reconocen que la adaptación a un medio ambiente donde priva la escasez de agua, las condiciones agrestes y difíciles para sobrevivencia, ha marcado el rumbo de la organización social y política de los grupos indígenas. La publicación de dos *Atlas etnográficos* en lo que podría considerarse una sola región —al menos así se plantea en el *Atlas del Noroeste* (Moctezuma y Aguilar, op. cit.:15)—, demuestra la ausencia de una coordinación para evitar, no sólo imprimir sendos volúmenes con la misma perspectiva teórica, con contenidos e ilustraciones similares en papel cuche y a todo color (muchos de los capítulos reproducen los ensayos producidos en líneas de investigación del Proyecto de Etnografía), sino para retomar uno de los grandes dilemas de la antropología relacionada con la delimitación de una región tan diversa y



Autoridades pima. Yepachi, Chihuahua, 2019. Autor de la foto: Andrés Oseguera.

compleja.

Sin duda hay que reconocer el esfuerzo de realizar este tipo de trabajos de divulgación que termina por favorecer a los indígenas con el reconocimiento de sus tradiciones y derechos colectivos; de visibilizar las problemáticas sociales por la que constantemente atraviesan al enfrentar los cambios sociales que impone la modernidad. El reto será, para una segunda edición, lograr un trabajo colectivo donde realmente puedan colaborar diversos investigadores especializados en temas y en todos aquellos grupos indígenas que aparecen desdibujados en este libro y enmarcados en ecosistemas rígidos.

Referencias bibliográficas

- Aguilar, A. y J. Moctezuma, (2013) "Procesos rituales en el noroeste" en Moctezuma, J. y A. Aguilar (Coords.), *Los pueblos indígenas del noroeste. Atlas etnográfico*. Pp. 163-2017. México, Instituto Sonorense de Cultura/ Instituto Nacional de Lenguas Indígenas/ INAH.
- Atilano, J. y A. Pacheco, (2013) "Artes y artesanías de los pueblos indígenas de Sonora" en Moctezuma, J. y A. Aguilar (Coords.), *Los pueblos indígenas del noroeste. Atlas etnográfico*. Pp. 375-397. México, Instituto Sonorense de Cultura/ Instituto Nacional de Lenguas Indígenas/ INAH.
- Beals, R., (2008 [1954]) "Comentarios al artículo 'Recolectores y agricultores en el Gran Suroeste...'" en *Antropología. Boletín Oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 82, pp. 90-98.
- Gotés Martínez, L., A. P. Pintado Cortina, N. Olivos Santoyo, A. Pacheco Arce, M. Vinicio Morales Muñoz y D. de la Parra Aguilar, (Coords.) (2012) *Los pueblos indígenas de Chihuahua. Atlas etnográfico*. México, INAH.
- Kirchhoff, P., (2008 [1954]) "Recolectores y agricultores en el Gran Suroeste: un problema de clasificación" en *Antropología. Boletín Oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 82, pp. 72-89.
- López, H., C. Harriss y J.L. Moctezuma, "Organización social y política" en Moctezuma J. y A. Aguilar, (Coords.) *Los pueblos indígenas del noroeste. Atlas etnográfico*. Pp. 131-161. México, Instituto

Sonorense de Cultura/ Instituto Nacional de Lenguas Indígenas/ INAH.

Moctezuma, J.L., H. López y C. Harriss, (2013a) *Los pueblos indígenas del noroeste. Atlas etnográfico*. México, Instituto Sonorense de Cultura, Instituto Nacional de Lenguas Indígenas, INAH.

Moctezuma, J. et al., (2013a) "Entre la resistencia y el despojo. Las luchas indígenas frente a los grupos de poder" en Moctezuma J. y A. Aguilar (Coords.), *Los pueblos indígenas del noroeste. Atlas etnográfico*. México. Instituto Sonorense de Cultura/ Instituto Nacional de Lenguas Indígenas/ INAH.

____ (2013b) "Los territorios del noroeste" en Moctezuma J. y A. Aguilar (coords.), *Los pueblos indígenas del noroeste. Atlas etnográfico*. México, Instituto Sonorense de Cultura/ Instituto Nacional de Lenguas Indígenas/ INAH.

Nudelman, E., (2012) "Etnografía ódami" en Gotés, L. et al. (Coords.), *Los pueblos indígenas de Chihuahua. Atlas etnográfico*. México, INAH.

Olmos, M., (2013) "Etnografía musical del noroeste de México" en Moctezuma, J. y A. Aguilar (coords.), *Los pueblos indígenas del noroeste. Atlas etnográfico*. México, Instituto Sonorense de Cultura/ Instituto Nacional de Lenguas Indígenas/ INAH.

Spicer, E., (1962) *Cycles of conquest: the impact of Spain, Mexico, and the United States on the Indians of the Southwest, 1533-1960*. Tucson, University of Arizona Press.

Villalpando, E. y A. Aguilar, (2013) "Del mundo prehispánico y la etnohistoria en el noroeste" en Moctezuma J. y A. Aguilar (Coords.), *Los pueblos indígenas del noroeste. Atlas etnográfico*. Pp. 55-95. México, Instituto Sonorense de Cultura/ Instituto Nacional de Lenguas Indígenas/ INAH.

